

**Alicia Arévalo Torrillas**  
**Consuelo**

Esa llamada misteriosa fue como una respuesta divina a mis súplicas. La monotonía diaria hacía estragos en mí, causando un tedio absoluto por mi trabajo. Había perdido el interés y la fuerza por atender a mis pacientes como merecían. El diván, que en sus inicios me provocaba tanta pasión, se asemejaba ahora más a la hamaca desde la que la señora Petra conversaba con mi abuela durante las noches de verano de mi infancia, mientras “tomaban el fresco”.

La respuesta tardía al descolgar el auricular ya me hizo intuir que algo interesante estaba por llegar. Una voz grave y solemne que me nombraba con un aire familiar me desconcertó. Y seguidamente se presentó:

—Buenos días Clara, soy Santiago, o como tú me solías llamar, “Santiaguito el señorito”.

Inmediatamente mi cabeza dibujó a la perfección a aquel niño simpático, con pantalones cortos, calcetines hasta la rodilla y camisa con corbata. Siempre bien peinado con un pequeño copete a la derecha. Ese atuendo señorial contrastaba con su inocencia y las pequitas que decoraban sus mejillas, dándole un aire travieso. Ahí pude comprobar en mis propias carnes los recovecos que habitan la mente. ¡Cómo había podido olvidarme de ese niño con el que había disfrutado durante tantos veranos en el pueblo! Tiempos que parecían formar parte de otra vida desde que los abuelos se fueron y la familia quedó completamente dividida.

De forma espontánea respondí:

—Pero Santiaguito, ¡no me lo puedo creer! ¿Cómo estás? Desde que dejaste de veranear en el pueblo nunca volví a saber de ti. Nadie conocía el motivo de vuestra repentina ausencia. Sentí que la tierra te había tragado.

Seguidamente pensé que eso no era tan raro. La familia de Santiago tenía una lujosa mansión dentro de una gran finca a las afueras del pueblo, “la casa de los marqueses”, como la llamaba la gente. Lo recuerdo todo con un halo de misterio. No se relacionaban ni se les veía salir durante su estancia, que solía ser en los meses de agosto. En el pueblo se decía que incluso tenían una pequeña ermita dentro de la finca a la que asistía el párroco a darles misa, antes de la homilía dominical en la iglesia. El único contacto que teníamos la gente del pueblo con esa familia era por Santiago, siempre acompañado de esa chica bajita y delgada, peinada con un moño perfectamente atrapado en una redcilla, con mirada color miel y sonrisa inocente. Consuelo, recordé que se llamaba. Siempre se dirigía a Santiago como “señorito”. Le trataba con distancia, pero de forma muy cariñosa. Él me contaba que ella se encargaba de cuidarle y que siempre tenía que suplicarle para ir a jugar al pueblo conmigo, porque sus padres le ordenaban que se ciñera a pasear con él por el campo contiguo a la finca. La chica reflejaba un aire inquieto y enseguida le decía que tenían que marcharse. Santiago se despedía prometiéndome que al día siguiente le dejarían más tiempo, pero todos los encuentros los recuerdo igual de efímeros. Aun así, sabíamos disfrutar del escaso tiempo juntos, sin saludos ni otros preámbulos, tirándonos con mi coche de pedales por el altillo de la casa de la abuela, echando un partido de chapas o jugando a ser franceses con las palabras que él me enseñaba, a las que nos divertía ponerle un exagerado acento bretón. Nunca supe mucho más de su vida, pero tampoco lo necesitaba.

—Es una larga historia —respondió tajantemente Santiago con una voz que distaba mucho de la de aquel niño—. Te he seguido todo este tiempo desde que descubrí que te habías convertido en una psicóloga de prestigio. No me extrañó

cuando me enteré; te recuerdo con una sensibilidad especial. He leído todos los artículos que escribiste hace años, especialmente aquel estudio que hiciste basándote en el caso de Riancho, el afamado músico. Finalmente me he decidido a contactar contigo porque creo que podemos ayudarnos.

La intervención de Santiago hizo despertar algún fantasma que creía haber superado. El caso de Riancho me apartó por un tiempo de la psicología. Sentí no haber estado a la altura para evitar su suicidio, sentimiento que pude mitigar con aquel estudio científico que finalmente publiqué sobre la esquizofrenia. Eso me permitió ejercer de nuevo, pero siempre seleccionando bien los casos para controlar que ninguno pudiera volver a dañarme. Tras unos instantes de conversación con Santiago, paradójicamente, me invadió un deseo imperioso de que esa llamada no cambiara mi rutina. La misma que, apenas unos segundos antes, comenzaba a provocarme un sentimiento claustrofóbico. Sin embargo, la curiosidad venció y me empujó a aceptar el encuentro que Santiago me propuso.

Tal y como habíamos quedado, tres días después, conduje hasta la dirección que me había facilitado, llegando así a un enorme caserón a las afueras de un pueblo de montaña a cuarenta minutos de la capital. Tenía un aspecto tenebroso. Con la maleza sólo se alcanzaba a vislumbrar desde afuera una pequeña buhardilla en lo alto. Una desvencijada verja daba acceso al patio principal, presidido por una oxidada fuente sin agua que en otros tiempos debió lucir lujosa. Siguiendo las anotaciones que tomé con las indicaciones de Santiago, abrí la puerta del caserón con la llave que había debajo del macetero vacío sobre una de las ventanas. Por un largo pasillo accedí a un cuarto cuyo espejo estaba cubierto de recortes de prensa y fotos de familia en las que uno de los miembros aparecía repetidamente con la cabeza recortada. Y allí estaba él esperando mi llegada. Un hombre encorvado de pelo cano y barba larga y mal arreglada, con aspecto muy cansado, sentado sobre su escritorio e invitándome a tomar la silla que había junto al mismo. Enseguida, de forma extraña, tuve la impresión de estar con aquel niño que siempre tenía poco tiempo para compartir conmigo, y que debía aprovecharlo. Tuve el deseo de abrazarlo, pero me contuve. Levantó su mirada y con aire desesperado me dijo mientras señalaba torpemente hacia las distintas fotografías que cubrían el espejo:

—Clara, necesito tu ayuda. No sé quién soy ni en qué me he convertido. Detrás de cada uno de los espejos está ella, y he dejado de mirarlos. No me deja, me persigue, me llama para que cruce al otro lado y nos volvamos a encontrar. Me dice que ella me cuidará. Y entonces el espejo se tiñe totalmente de rojo. Todos estos años he seguido tu trabajo. Cuando leí en los periódicos el caso de Riancho, investigué sobre el mismo. Le envidié, entendí la paz que debió de encontrar contigo. Pero tu estudio sobre la esquizofrenia me provocó un profundo sentimiento de desamparo. Me hizo ver que no habías comprendido nada y que entonces, nadie jamás podría entenderlo. Hace años que la única compañía con la que cuento es ella, desde el otro lado, pero yo prefiero evitarla. No soy tan valiente como Riancho, me asusta dejarme llevar. Necesito tu ayuda.

Mientras Santiago hablaba, yo observaba cada una de las fotografías familiares. Todos los miembros tenían un aspecto sobrio y solemne, que contrastaba con la simpática sonrisa mellada de Santiago. Todas menos él eran personas completamente desconocidas para mí, hasta que me di cuenta de que aquella cabeza que aparecía siempre recortada, pertenecía al cuerpo delgado y bajito de Consuelo. De forma titubeante musité su nombre y Santiago alarmado, abrió los ojos y me respondió apresurado:

—¿La recuerdas? Tranquila, ella no te hará daño, sé que es buena. Me quiso mucho, creo que fue la única que realmente me dio amor. La quise como si hubiese sido de mi familia, pero quiero que me deje estar aquí. Clara, ayúdame, quiero seguir aquí.

Al terminar la frase me pasó un taco de panfletos amarillentos que sacó del primer cajón del escritorio.

De forma desconcertada pude comprobar que eran informes médicos, con una gran cantidad de frases y símbolos difícilmente legibles, hasta que conseguí descifrar la que más llamó mi atención, que procedí a leer con dificultad en voz alta:

“D. Santiago Godefroid de la Tour, diagnosticado con leucemia, presenta leves mejoras tras la transfusión de sangre realizada. Seguir con el tratamiento”.

Tras leerla levanté la cabeza en busca de la explicación de Santiago que, con voz temblorosa y ojos cristalinos, procedió a narrar la historia:

—A los once años me diagnosticaron una leucemia. Mis padres, con la complicidad del leal médico de la familia, decidieron tratarlo con la máxima discreción. Contrataron a un profesor y abandoné la escuela, así como las visitas al pueblo en verano y los encuentros con mis amigos. Sólo estaba Consuelo para animarme, jugar, hacerme reír... para calmarme el dolor. El médico decidió que realizar transfusiones con la sangre de alguien joven y saludable podría ayudar a mi mejoría. Y así fue. Poco a poco me fui recuperando, al tiempo que Consuelo se debilitaba, hasta que su cuerpo no pudo resistir más. Mis padres siempre trataron de convencerme de que el mal de Consuelo no tenía que ver nada con aquellas tediosas transfusiones, que ella simplemente cumplía con su deber, y que se fue con la enorme satisfacción de haber completado de forma exitosa la misión para la que había llegado a este mundo. Yo no entendía nada de lo que ellos me decían, y poco a poco me fui encerrando en mí mismo. Estuve años sin hablar. La primera palabra la volví a pronunciar en el lecho de muerte de mi madre, quizás para que se fuera en paz. Fui perdiendo a mis seres queridos, quedando completamente solo en este enorme caserón. Entonces Consuelo volvió a hacerme compañía a través de cada uno de los espejos de la casa.

La espeluznante historia de Santiago despertó un sentido del compromiso que parecía ya no existir en mí. A partir de ese momento me dediqué a visitar con asiduidad el caserón, para ayudarle a superar su fobia a los espejos. También fuimos recuperando nuestro tiempo perdido. Volvimos a encontrarnos con nosotros mismos, recordamos viejas historias y, lo mejor de todo, creamos otras muchas nuevas juntos. Él nunca dejó de ver a Consuelo reflejada en los espejos, pero ya no la temía. Supo vivir con ello hasta el final de sus días, y creo que cuando llegó el momento de marchar, diez años después, se dejó pasar al otro lado con la satisfacción de haber podido vivir.

Nunca sentí el caso de Santiago como un éxito profesional, sino como el mayor aprendizaje de mi vida. No cuestioné si realmente Consuelo estaba o no al otro lado del espejo. Supe con certeza que lo estaba, aunque yo no la viera. Y eso me hizo entender que el tiempo que dediqué a encontrar la razón, lo perdí en desarrollar soluciones. Con la historia de Consuelo, Santiago me regaló lucidez. El miedo a no estar a la altura, y ser juzgada por ello, borró durante años mi ansia por la justicia y la solidaridad. Ambas fueron las causas a las que decidí dedicar mi vida y, sin embargo, me perdí en el camino. El mismo espejo desde el que se reflejaba Consuelo me volvió a orientar.